

sin poder padecer la muerte, repitíese su fineza, representando, sin derramar la Sangre, aquel sangriento Sacrificio. Así, pues, oyentes míos, es en la Misa el mismo Christo el que en la realidad se ofrece, como se ofreció en la Cruz; pero es también representación; porque nos acuerda los tormentos, los dolores, la sangre, y la muerte, que allí padeció. En el Sacrificio de la Cruz se ofreció por nosotros perdiendo la vida. Pues esto representa en el Sacrificio del Altar, perdiendo, no ya la vida, que no puede, sino el ser Sacramental que allí adquiere. En la Cruz fue él por sí mismo el Sacerdote que se ofreció al Eterno Padre; pues esto representa en el Altar, ofreciéndose à sí mismo de nuevo, pero por mano de los Sacerdotes. Oh, representación admirable, que así se junta con su misma realidad! Y siendo en la Cruz, y en el Altar una misma la víctima, uno mismo el Hijo de Dios, que por nosotros se ofrece, solo se distingue en el admirable modo con que en el Altar se nos representa: *Una enim, eademque est Hostia*, nos dice el Santo Concilio de Trento, (*Seff. 22. c. 2.*) *sola offerendi rationi diversa*.

Yá, pues, oyentes míos, si al vér representar una fabula, una ficción, una mentira en una Comedia, sin irnos nada, ò nos mueve à lástima la desgracia, ò nos irrita à cólera la finrazon, ò nos alegra el escape del enredo, ò nos pesa del mal suceso, siendo al cabo todo un engaño, una mentira, una farsa, y una papelera: cuáles son nuestros sentimientos, Cathólicos, al vér con los ojos de la Fé, y al asistir à esta representación Soberana, con que en la Misa se nos representa el acto mas lastimoso, que jamás vieron, ni verán los siglos? la tragedia mas sangrienta, que llenó de horror hasta à los Cielos? la muerte mas terrible de un Principe el mas Soberano, que murió en una Cruz, porque vivieramos nosotros? Quáles son, pues, nuestros sentimientos, al vér esta representación prodigiosa en que nos vá tanto? Qué amor para tal fineza? Qué agradecimiento para tal beneficio? Qué pesar para tales agravios? Y qué lágrimas del corazón por tal muerte? Pero (¡oh, Dios!) que yo temo, que ni aun una memoria nos debe. ¿Quántos oyen Misa sin hacer ni una memoria de la muerte del Hijo de Dios, que la Misa nos representa? Ah, representación soberana, que no recabas de los corazones de los hombres, ni aun lo que de ellos recaba una Comedia! De un gran Representante llamado Polo, refiere Gelio, (*l. 7. c. 5.*) que habiendosele muerto un hijuelo, que él quería mucho, se le ofreció luego representar en Athenas una tragedia, salió haciendo el papel de uno, que llevaba los huesos de Orestes à su madre en una urna, y al hacerle el razonamiento, acordóse él de su propio hijo muerto: movido al dolor, las que havian de ser lágrimas fingidas, las derramó tan verdaderas, con tal afecto, que movió à lágrimas à todo el auditorio. Ah, con quanta mas razon nos moviera à nosotros à derramar rios de lágrimas este Divino Sacrificio, si avivando la Fé atenderamos, y

nos preguntáramos à nosotros mismos: Qué muerte es la que allí se nos representa? No es la del Hijo de Dios por mí? por mi salud? porque yo viva? porque yo me salve? Y por esto padeció de esta manera? Este pensamiento era el que à un S. Felipe Neri le hacía mojar los Corporales con tan abundantes lágrimas, que era menester mudarlos. Este pensamiento era el que à Santa Margarita, Reyna de Ungría, desde que alzaban la Hostia, la hacía prorrumpir en una lluvia continua de lágrimas. Este pensamiento era el que en innumerables Santos los hacía prorrumpir en afectos ternísimos, y en sentimientos amorosos. Y este es el pensamiento con que en la Misa quiere nuestra Vida Christo, que le correspondamos à tan indecible fineza. Un dia de S. Miguel, oyendo Misa la Beata Angela de Fulgino, (*Hautin. 380.*) le pidió al Sto. Archangel, que le representáse à su Señor en la Hostia, en aquella forma que el Eterno Padre quiere que le honremos. Oyóla el Achi-Serafin, y dixola: *Vés aquí al Señor como lo pides*. Y levantando los ojos, lo vió en la Hostia cubierto de llagas, y sangre, clavado en la Cruz. Así quiere su Magestad que lo atienda nuestra ternura: esta será la devocion en oír Misa mas agradable à sus ojos: tenerlo presente, con la consideracion en aquel Sacrificio, en que por nosotros derramó su Sangre en la Cruz.

Para hacernos, pues, mas clara esta soberana representación de su muerte, quiso el Señor quedarfenos debaxo de las dos distintas especies de Pan, y Vino. Pudiera dudar alguno así: Padre, si el intento amoroso de nuestro Dios era quedarse con nosotros, y dandosenos en manjar unirse tan íntimamente con nuestras almas; para todo esto no bastaba con ponerse debaxo de las especies de Pan? Pues para qué añadió también el ponerse debaxo de las especies de Vino? Linda pregunta. Respondo, que bastaria eso solo para el Sacramento, pero no para el Sacrificio, que nos quiso instituir nuestra Vida Christo. Porque habiendo de ser memoria, y representación de su muerte; si en ésta estuvo el Señor separada su Sangre de su Cuerpo, para representar esa separacion debaxo de las especies del Pan, por virtud de las palabras de la Consagracion se pone su Cuerpo; y debaxo de las especies de el Vino, por virtud de las palabras se pone su Sangre. Y así, aunque en una, y otra especie está realmente todo Christo; pero en la representación, lo que solo representa la Hostia, es su Cuerpo; y lo que representa el Caliz, es su Sangre; para que así en su Cuerpo, y en su Sangre separados veamos al vivo representada su muerte. Por eso, pues, la Consagracion en una, y otra especie son de esencia de este Divino Sacrificio, porque en esa separacion nos dexó el Señor expresada de su muerte la mas clara memoria. Así lo reconoce la Iglesia, que al punto que acabamos de consagrar en ambas especies, nos acuerda las palabras del Señor: *Hæc quotiescumque feceritis, in mei memoriam facietis*. (*Hautin. 313.*)

Eso

Eso le dió à entender su Magestad à la B. Isabel Sconaugiense, que oyendo Misa vió sobre el Caliz à nuestra Vida Christo Crucificado, y que corriendo de su cuerpo rios de sangre, todos se recibían en el Caliz, quedandose elevado su Santísimo Cuerpo. Esta memoria de la Pasion nos acuerdan tantas Cruces como hace el Sacerdote en la Misa, y tanto cuidado, no de la Iglesia sola, sino del Cielo, en que al decirse la Misa no falte la Cruz del Altar. Digalo el tan estupendo, como sabido prodigio de la Cruz de Caravaca.

Yá, Padre; pero esta misma memoria me ha excitado ahora una duda, que no me la he de llevar à mi casa, y es: Que si con morir en la Cruz nuestra Vida Christo, con solo aquel Sacrificio sangriento nos redimió de la culpa con una redencion inmensa; si fue de tan infinito mérito aquella muerte, que bastó sola para alcanzar de Dios el perdón de todos los pecados, no solo de todo este mundo, pero aunque huviera mil mundos de pecados: para qué se repite ahora incruento en la Misa aquel Sacrificio cruento de la Cruz? Antes de responder à esto, quiero yá hacer otra pregunta. ¿Si uno tuviera doscientos mil pesos de caudal, pero todos puestos en la Caja Real, dixéramos, que éste era rico? Sí, que tiene doscientos mil pesos. Añado: y si al ir à cobrar, ò del principal, ò del rédito, ni uno, ni otro cobrára en muchos años, ni un real solo, dixéramos, que éste era pobre? Sí, y con razon, pues moria de hambre. Luego la riqueza está en uno, y otro; en tener allí el dinero, y en cobrar à sus tiempos. Pues entendamos: La Pasion de nuestro Dios es la que nos juntó un thesoro inmenso; la Misa es la que nos lo reparte, y nos lo aplica: la Pasion es la caja en que está nuestra infinita riqueza; pero la Misa es la llave con que esa riqueza se nos participa: de modo (¡oh, si os quedára muy fixo en la memoria lo que voy à decir!) que decir, ò oír una Misa debidamente, es hacer que aquel Señor que murió por todos los hombres, como si volviera à morir por mí solo, ò por tí solo en particular, así me aplica à mí, ó te aplica à tí los méritos de su muerte. ¡Oh, mundo ciego, si conocieras esto! Oh, almas engañadas, y si esto ponderarais con las debidas atenciones de la Fé! ¿con qué ardores de el corazón buscarais la Misa? con qué devocion tan tierna la asistierais? con qué amor? con qué agradecimiento? Aquí tenéis la llave de todos los thesoros de Dios, lograd los frutos de su Sangre, que si con la debida disposicion venís à ella, aquí se os aplicará todo lo que os ganó en la Cruz.

Refiere nuestro Nicolás Serario, (*Lib. 5. Rerum*) que en Valdurna, Lugar corto de la Diocesi de Vissemburg en Alemania, celebrando cierto Sacerdote, y habiendo yá consagrado, sin saber cómo, se le boleó en los Corporales el Caliz, y derramando el Sanguis, formó al punto en el lienzo esta prodigiosa pintura. En el medio quedó pintado un Crucifixo con toda claridad, y ex-

pression, y luego à la redonda de todo él le formaban orla unas Veronicas, el Divino Rostro, digo, de nuestro Redentor, lleno de sangre, y coronado de espinas. Pasmado, y atonito à esta vista el Sacerdote, con no sé qué miedo, (llamémosla imprudencia) sin hablar palabra, levantando secretamente del mismo Altar una piedra, escondió allí estos Corporales, para que con el tiempo se pudrieran. Pasado muy largo tiempo, y habiendole llegado à aquel Sacerdote la enfermedad de la muerte, yá en sus últimos extremos, quando à juicio de los Médicos no podia dilatar la vida, aún se le dilataba en despedirse el alma, y ponderando todos su admiracion, él mismo huvo de hacer repáro: Mas si esto es por haver callado yo aquel prodigio? Llamó al punto, descubrió aquel suceso, declaró dónde se hallarian los Corporales, y espiró al punto. Acudieron al lugar señalado, y hallaronlos en la misma forma que he dicho; y habiendo hecho luego repetidos prodigios, llegó la noticia al Sumo Pontífice, entonces Eugenio IV. que el año de mil quatrocientos quarenta y cinco, con una Bula exortó à los Fieles à adornar con la debida magnificencia aquel Altar, donde ésta tan prodigiosa Reliquia se conserva, para mayor incentivo de nuestra tierna memoria. ¡Oh, y la tengamos siempre en el Soberano Sacrificio del Altar, donde gozamos los infinitos bienes, que nos ganó el Señor en el sangriento Sacrificio de la Cruz! logremos en el Altar estas riquezas inestimables, pero con el recuerdo siempre de que en la Cruz fue donde nos ganó el Señor todos esos thesoros de gracia.

PLATICA XXV.

DE LOS FRUTOS, Y PROVECHOS inestimables que tenemos en la Misa.

A 22. de Julio de 1691.

EN quatro poderosos rios repartía à la tierra toda el Paraíso quatro caudales de amenidad, como dando à entender, que estaba tan sobrado de delicias, que sin que le hicieran falta, las repetía con el Orbe todo en quatro copiosos raudales. Mejor dixera yo esto de el Paraíso; mejor, de el que teniendo la misma fuente de la Divinidad de que brotan los deleytes eternos, no nos previene solo aquel bocado que nos dá la vida, sino que reparte también à todo el mundo en quatro rios inmensos todas las riquezas del Cielo. Esos son siempre los inagotables frutos, que como impetuosos torrentes de la liberalidad de Dios, nos comunica el Santo Sacrificio de la Misa, porque todos esos quatro rios inmensos los hemos menester para pagarle à Dios nuestras deudas.

Qua-

Quatro son las principales obligaciones que à Dios le tenemos, dice Sto. Thom. (1.2.q.102.art.3.ad 10.) La primera, por su Magestad, y dominio supremo, le debemos dár la mayor honra con nuestra sujecion, y tributo: *Maximè obligatur homo Deo propter ejus majestatem.* La segunda, habiendole ofendido, debemos aplacar su justo enojo: *Secundò, propter offensam commissam.* La tercera, habiendo recibido de su mano tan infinitos beneficios, le debe dár nuestro agradecimiento infinitas gracias: *Tertiò, propter beneficia jam suscepta.* La quarta, no pudiendo tener nada, sino por su mano, le debe hacer nuestra miseria continuos ruegos: *Quartò, propter beneficia sperata.* Oh, qué quatro obligaciones, que cada una pedia para satisfacerse un caudal inmenso! Oh, y como podiamos decir con el Profeta Michéas: (c.6.v.6.) *Quid dignum offeram Domino!* Qué le ofreceré yo à Dios que sea digno de su grandeza, y de mi obligacion? Porque los quatro Sacrificios correspondientes à esas quatro obligaciones, usados en la Ley Vieja, no alcanzaban: *Nunquid offeram ei holocaustomata?* Le ofreceré holocaustos, en que consumida la víctima, se consagraba toda à honra de su Magestad, y supremo dominio? Mas qué honra es ésta para aquel à quien se debe infinita? Le ofreceré para aplacar su justo enojo con mis culpas, la que llamaba la Ley *Hostia pro peccato*? Pero qué Hostia, qué víctima puedo ofrecerle, que baste à la satisfaccion por lo infinito de la ofensa, aunque le ofreciera à mi mismo hijo? *Nunquid offeram primogenitum meum pro scelere meo?* Le ofreceré, ò el Sacrificio de la salud para impetrar su misericordia, ò la Hostia pacífica para darle gracias por sus inmensos beneficios? Pero qué ha de poder la sangre de los animales, la muerte de los brutos? *Nunquid placari potest Dominus in millibus arietum?* He aquí, pues, que por quatro partes cogidos entre inmensas obligaciones, por todas partes nos hallamos del todo fallidos para la paga.

Mas yá con el Santo Sacrificio de la Misa, que abraza todos esos Sacrificios, tenemos de nuestra mano quatro caudales infinitos. El primero yá lo vimos, con que en la Misa le ofrece al Eterno Padre su mismo Hijo la honra summa en protestaçion de su absoluto, y supremo dominio, pagando por nosotros, en reconocimiento de nuestra humilde sujecion, el tributo à tan Supremo Rey. Restanos ahora vér, cómo en la Misa tenemos el caudal para las otras tres obligaciones. Estas, pues, son las que yá expresa el Catecismo. Acabamos de decir, que se ofrece este Divino Sacrificio solo al Eterno Padre; y añade: *Para qué? Para tres fines; para hacerle gracias, satisfacerle, y pedirle beneficios.*

Apretada, terrible, estrecha obligacion la que pone el agradecimiento, iba à decir, en un corazon noble; pero veo, que aun las fieras son agradecidas: iba à decir en un racional; pero veo, que aun los brutos no se niegan al agradecimiento. ¡Oh, qué tres leyes de agradecido! Confesar, y conocer el beneficio; conservar en la memoria, y

corresponderle con el retorno. ¡Pues qué conocimiento nuestro alcanza à los beneficios que à Dios le debemos? Qué memoria nos basta, si son infinitos? Y qué retrono, si son inmensos? Tan discreto, como piadoso, dixo aquel célebre Cosme de Medicis, Gran Duque de Florencia. (Engelgr. *Celest. sess. 2. s. 2.*) Havia repartido de limosna un millon, havia gastado otros quatro millones en Iglesias, Hospitales, y Obras pías; y ajustando un día sus cuentas, no sé quien le preguntó, qué hacía? Y él respondió discreto: Aquí estoy viendo, si entre los muchos que deben, hallo una sola partida en que Dios me deba algo; y en verdad, que habiendo gastado tanto, todavia Dios me alcanza. ¿Cómo, pues, podrá nuestro agradecimiento darle à Dios dignas gracias, si quanto le podemos ofrecer, lo excede con un infinito de beneficios? Solo con el Sacrificio de la Misa.

Por eso en ella el Sacerdote nos convida à que las hagamos: *Gratias agamus Domino Deo nostro.* Y en cada palabra de estas nos dá luego una razon para hacerle gracias: *Domine Sancte, Pater Omnipotens, aeternus Deus.* Le debemos, pues, hacer gracias como à Señor: *Domine*, porque de él pende nuestro sér; gracias como à Fuente de la Santidad, porque él nos dá la gracia: *Sanctus.* Gracias, como à Padre amorosísimo, porque sobre darnos el sustento, nos previene la herencia eterna: *Gratias.* Gracias, como à Omnipotente, que en todas las criaturas nos está dando sus beneficios: *Omnipotens.* Y gracias, como à Eterno, que en todos los instantes nos está repartiendo sus favores: *Aeternus Deus.* Y si así es digno por su grandeza, es justo por nuestra obligacion, es debido por nuestro reconocimiento, y es saludable para mover su piedad, que siempre, y en todo lugar le estemos haciendo gracias: *Vere dignum, & justum est, aequum, & salutare, nos tibi semper, & ubique gratias agere.* Cómo lo haremos, de modo que le sean agradables? Yá nos lo dice la Iglesia: *Per Christum Dominum nostrum.* Poniendolas en el mismo Christo, como en el Ara mas agradable à sus ojos. ¡Oh, almas! Poned en la Misa dentro de la Llaga del Costado de Christo vuestros agradecimientos, para que así le sean al Eterno Padre agradables. Arrebatada en espíritu una vez Santa Gertrudis, (Haut. n. 1139.) al empezarse la Misa, vió que el mismo Christo, revestido de Sacerdote, la estaba ofreciendo; y llegado al Ofertorio, vió que levantandose el corazon de el Señor sobre su pecho en forma de un Altar de oro resplandeciente, volando los Angeles de Guarda de los circunstantes, ponian sobre aquel Altar purísimo unas aves blancas, que eran las oraciones, y acciones de gracias de los Justos que allí estaban. Profiguió el Señor la Misa, oyó cantar à la Santísima Virgen el *Sanctus, Sanctus, Sanctus*: y luego vió que levantando el Señor las manos à su Eterno Padre, se ofrecia à sí mismo, con todas aquellas ofrendas que tenia en su corazon. Y quando así

la Santa estaba elevada, oyó tocar la campanilla como se fuele al alzar, y volviendo en sí, halló, que lo que veían ahora sus ojos, era lo mismo que antes estaba mirando su espíritu.

Yá, pues, nada vale todo quanto nosotros le podemos ofrecer à Dios agradecidos, si se coteja con la grandeza de sus beneficios; pero si lo ponemos en Christo; ¡oh lo que adquiere de precio! Mirad: yá sabéis como ha dado la ostentacion en solapar la liberalidad. Suelen enviar en una gran fuente de plata, ò de oro puestos quatro dulcecitos, ò quatro frutas. ¡Qué presente tan corto, y tan escafo! ¿Pues eso se envia? Señor, viene con fuente, y todo, que se quede acá. Pues ahora sí: dile, que lo agradezco mucho, que es gran regalo. De modo, que la frutilla, ò los dulces, que por sí no se estimaban, yá por la fuente en que vienen, se estiman, se aplauden, y se agradecen? Pues eso tenemos en Christo, que en el Sacrificio de la Misa se ofrece, una fuente en que puesta la poquedad de nuestros afectos agradecidos, si por sí solos no eran de precio, por la fuente con que se ofrecen, son al Eterno Padre agradables, para hacerle dignas gracias por sus infinitos beneficios.

Mas qué? si en lugar de el agradecimiento le ha correspondido à Dios nuestra ruindad con ofensas? ¡Oh, qué deuda tan sobre toda ponderacion imponderable! Un Dios ofendido; ¿quién bastaba para mitigar su justicia? Fue menester que su Hijo, verdadero Dios, en el Sacrificio sangriento de la Cruz diera hasta la vida para satisfacerla. Allí, pues, como yá dixe en la Platica pasada, nos ganó este caudal infinito de satisfaccion. Però en la Misa, que es la llave, se nos reparte, se nos aplica esa riqueza, para aplacar el enojo del Eterno Padre, y para satisfacer por nuestras culpas, que por eso difine el Santo Concilio de Trento, (sess. 22. Can. 3.) que no es este solo Sacrificio de alabanza, y accion de gracias, sino tambien Propiciatorio para alcanzarnos del Eterno Padre el perdon de nuestras culpas. No digo, que con sola la Misa inmediatamente se perdonen los pecados, como sucede en el Sacramento de la Confesion; mas lo que digo es, que por este Divino Sacrificio alcanzamos de Dios los auxilios para conocer nuestros pecados, y arrepentirnos de veras, y confesarlos, y para que se remita aquella pena, que les havia de corresponder por digno castigo. Oh, pecadores! Oh, almas perdidas! La Misa es el Tribunal de la misericordia, el trono de la piedad, el asylo de la clemencia. ¿Quereis salir de vuestros vicios? Aquí, aquí teneis la Fuente de la luz que os alumbra. ¿Buscais el perdon? Por aquí se halla. ¿Quereis ser amigos de Dios? Por este medio se consigue: *Sacrificium laudis honorificabit me, & illic iter quo ostendam illi salutare meum.* Son grandes, enormes, y gravísimos vuestros pecados? infinitamente es mayor la víctima, que por vosotros se ofrece; y si, como sienten graves Teólogos, al ofrecerse este Divino Sacrificio el mismo Señor en el Cielo, no solo le ofrece al Eterno Padre, sino que aboga, intercede, ruega por noso-

tros, mostrandole sus llagas, representandole su muerte: ¿qué negará el Eterno Padre à tales méritos, à tales ruegos, y à tal Hijo? Si al vér el hijo de Abraham humillado al Sacrificio, le movió su ternísimo corazon, de modo, que lo llenó de beneficios, (Lobet. p. 193.) qué hará al vér à su Hijo tan humillado en su presencia? Havian cogido los Venecianos la Ciudad de Ferrara; fintiólo gravemente el Sumo Pontífice Clemente V. porque aquella Ciudad pertenecia à la Iglesia, y así fulminó excomunion contra toda la República Veneciana. Y para aplacar el enojo del Pontífice, vinieron à Aviñon dos Senadores, pero ni los quiso oír, ni admitirlos à su presencia. ¿Y qué hizo uno de ellos? Vistióse una piel de un perro, y echóse debaxo de la mesa donde solía sentarse el Pontífice: y quando estaba sentado, salió de allí en aquella forma, y se postró à sus pies. Esta humildad bastó à que el Pontífice, no solo dexara su enojo, sino que levantandolo à sus brazos, le hizo muchos favores à él, y à su República. Pues si esto consiguió de un hombre el acto humilde de aquel Embaxador: qué conseguirá de aquellas entrañas de infinita misericordia vér à su mismo Hijo pedirle humillado por nosotros? Pues esta es la ocasion en la Misa para satisfacerle: pecadores, no la malogremos.

Mas no solo es para quitarle à Dios sus enojos, sino tambien para pedirle beneficios. ¡Oh, si aviváramos la Fé, cuánto alcanzarian en la Misa nuestros ruegos! En los aprietos, ahora particulares, ahora públicos: en las necesidades; ahora propias, ahora de la familia, y de los hijos: en los peligros, ahora del alma, ahora del cuerpo: à la Misa, Fieles, à la Misa. No hay ocasion mas oportuna de alcanzar: no hay coyuntura mejor para conseguir. Allí, allí donde apadrinados nuestros ruegos del mismo Hijo de Dios, ¿cómo podrán tener mal despacho? Dexadme referir este suceso. S. Porfirio, Obispo de Gaza, (Sur. in Vit. 26. Febr.) llegó à Constantinopla, siendo Emperador Arcadio: iba con una empresa árdua entonces, y difícilísima de conseguir: era pedirle al Emperador, que mandáse arruinar, y destruir en su Obispado todos los Templos de los Idolos, que eran muchos. Pero aunque el Emperador era Cristiano, haciásele muy difícil de conceder esto, por ser todavia muchos los Gentiles: con que el Santo Obispo no podía conseguir su peticion. Nacióle en esta fazon al Emperador un hijo, que fue Theodosio; llevaronlo à bautizar à la Iglesia. ¿Y qué hizo aquel Santo Obispo? Escribió su memorial, en que pedia lo que tengo dicho. Poneselo al niño entre las manecitas, y al volver de la Iglesia, que se lo entregan al Emperador, al recibirlo en sus brazos: ¿Qué es esto? Toma el papel, lee, y cayole tan en gracia, que como si fuese aquella la primera peticion que le hacia su hijo, al punto la concedió toda. ¡Oh, que no admite cotejo! Però pasad la vista de padre à Padre, y de hijo à Hijo: ¿cómo nos negará el Eter-

Eterno Padre lo que por manos de su Hijo le pediríamos, si al ofrecerlo en la Misa lleva en su mano nuestras peticiones? Qué no conseguiremos? Oh, que muchas veces he pedido, y no he alcanzado. Quexese de sí mismo quien tal dixere, ù de su necesidad en pedir lo que le daña, ù de su indisposición para recibir lo que pide; pero sea, que aunque en particular no consiga eso que pide, siempre, siempre en lo general tiene buen despacho. Y si lo que se pide es para bien del Alma, y gloria de Dios, seguro vá de conseguir el ruego: pudiera referir cien exemplos, pero acabo con éste.

Refiere nuestro Hautino, n. 1144. que por los años de 859, habiendo los Cimbrios con poderoso Ejército destruido, y talado todos los Países baxos de Flandes, entre la comun calamidad, dexaron afolado, y destruido el Monasterio Prumiense, en que con muchos Santos Monges vivia con exemplarísima vida su Abad San Ansaldo, que viendo su Casa arruinada del todo, y sin tener donde albergar sus Monges, acudió à Dios con sus ruegos, repitiendole en la Misa con fervorosas instancias esta su necesidad. Sucedió, pues, que mas de quince leguas de allí, en la Ciudad de Guisa en Francia, vivia à la fazon un Caballero muy poderoso, y rico, llamado Nidardo, que hallandose sin hijos, y deseando emplear bien su mucha hacienda, despues de muchas oraciones, con que le pidió à Dios, que le dictara en qué gastarà su caudal, que fuese de su mayor agrado. Hallandose confuso, lo que determinó fue hacer una solemne Escritura de donacion, en que desde luego daba todo su caudal à aquel lugar adonde esta su Escritura fuese à caer. Escrita, pues, así la mañana siguiente, atando este papel en una faeta, subióse à un lugar alto, y desde allí disparó la faeta al ayre. ¡Oh, prodigio! En este instante mismo estaba allá en su Monasterio diciendo Misa San Ansaldo; y clamandole à Dios por la restauracion de su Iglesia, y Casa, quando la faeta corriendo en un instante la distancia de mas de quince leguas, al mismo punto que en Guisa la disparó Nidardo, en ese mismo cayó sobre el Altar donde Ansaldo decia Misa. Cogió la faeta, abrió el papel que traía, y hallóse con caudal bastante para reparar, y rehacer todo su Monasterio; porque acudiendo à Nidardo, le entregó al punto su caudal todo. Y por testigo de tanto prodigio, se guarda hasta hoy en el Monasterio Prumiense aquella faeta, y aquella Escritura de donacion tan milagrosa. Y si nosotros en la Misa tenemos la Escritura firmada de mejor mano, logremos, Fieles, toda la liberalidad de Dios, que solo espera allí nuestras peticiones, y ruegos: logremos un Padrino como el Hijo de Dios: representemosle confiados nuestras necesidades, para lograr sus beneficios. Pidamos humildes, ò ya sean los beneficios del cuerpo, si nos conducen à los mejores bienes del alma, que por la gracia nos conducen siempre à los eternos bienes de la Gloria.



PLATICA XXVI.

DE LA REPARTICION DEL FRUTO de la Misa, y disposicion con que la debemos oír, si queremos gozar de sus frutos.

A 19. de Julio de 1691.

Quando se vé en el mundo repetida entre muchos herederos una herencia, sin quejas, sin sentimientos, y sin pleytos? Por eso, aun el mismo Christo (Luc. 12.) dice el Chryfologo, (Ser. 162.) rehusó allí dividir entre dos hermanos su herencia: *Qui me constituit Judicem, & divisorem inter vos?* Porque la herencia mundana primero divide à los herederos, que reparte las partidas: primero sepára en discordias los ánimos, que en la hijuela aparte las porciones; antes rompe las ataduras de la fangre, que desate los nudos de las bolsas: *Hereditas mundana, ante postoris infero jurgium, quam confert censum, ante quam dividat facultates scindit heredes, ante quam tradat singulis portiones, successores ipsos disecat, & mittit in partes.* Mas con todo eso entro yo seguro à hacer la particion de la mas soberana herencia, que tenemos en la Misa; porque siendo yo solo el que apunte las partidas, cada uno de mis oyentes ha de ser el que ajuste consigo mismo quanto le toca de pérdida, ò quanto le viene de ganancia. Y si entonces se siente lo perdido quando se vé, sucederáme quizá con algunos lo que aquel padre, que para corregir à su hijo que jugaba, y perdía por vales, le baltó para que se enmendara hacerse una vez contar por su propia mano la grande cantidad que havia perdido; ò sucederáme por el contrario con otros lo que al Mercader, que al ajustar el valance, viendo sus ganancias, con ellas cobra nuevos alientos en su ejercicio. Ya, pues, al que en esta particion le tocáre menos, contra sí mismo formará la queja, y consigo tendrá la cuenta.

Una, pues, herencia Divina es la que tenemos en la Misa, en que todos tenemos parte. Por eso al instituir este Soberano Sacrificio, entonces fue quando nuestra Vida Christo hizo su testamento, escrito, firmado, y rubricado con su misma sangre: *Hic est sanguis meus non Testamenti;* testamento nuevo, porque acabando las sombras, y figuras, empezaron en el de la verdad las realidades, y testamento eterno, porque repitiendose cada dia en la Misa, duran, y durarán siempre en el mismo vigor sus cláusulas. Así, pues, como en qualquier Testamento hay heredero principal, mandas, y legados, y además un albacea que lo execute; así para que se repitiese en cada Misa, dexó el Señor à los Sacerdotes por sus albaceas, tenedores de bienes, y podatarios, para que por

su

la mano se haga la reparticion admirable. Porque así como la madre mas amorosa, los regalillos que tiene, siendo para el hijuelo todos, con todo eso no se los dá de una vez todos, sino por partes, y tanto muestra su amor en lo que le dá, como en lo que guarda; así en la Misa, à ninguno se dá el todo: quiero decir, el infinito, è inmenso valor de la Misa, no; que para repartir el Señor sus finezas, y para excitar tambien nuestro amor, nuestras buenas obras, y nuestros meritos, para que le busquemos mas veces, y para hacernos mas veces sus beneficios, porque en ellos quiere nuestra correspondencia, siendo, como es, infinito el valor de la Misa, así por lo que en él se ofrece, como por el principal Sacerdote que la ofrece, que es el mismo Christo, con todo eso en cada Misa no nos comunica sino una parte finita, y limitada; pero ésta, mayor, ò menor, segun que con este Divino Sacrificio es mas, ò es menos nuestra disposicion, nuestro fervor, nuestra devocion, y nuestra fineza.

Pues esto es lo que ya nos dice el Catecismo: *¿A quién aprovechan las Misas? A los vivos, y à los difuntos del Purgatorio.* ¡Oh, valor infinitamente prodigioso! Reparte el Sol sus rayos (es verdad) à tanto numero de vivientes por tanta distancia de leguas; pero à ese tiempo dexa obscura, y sin luz la otra mitad del mundo; mas este Divino Sacrificio, estandose repitiendo continuamente por todas las horas del dia, y de la noche en todas las partes del mundo, cada Misa reparte general el provecho, y el fruto à cada uno de todos los Christianos, que vivimos en todo el Orbe de la tierra: de modo, que en la Misa que ahora se está diciendo en el Japon, tenemos parte todos los que estamos aqui, los que están en España, en Francia, en Roma. ¡Oh, valor admirable, que así repartido, aun no se agota, sino que se queda tambien que repartir con todas las Almas del Purgatorio, que todas gozan cada una su parte, y aun se queda todavia un infinito que repartir! Sí, que esto es solo lo general. Resta ahora la mas particular reparticion: por eso añade el Catecismo: *¿De esos, à quáles principalmente? A aquellos por quien se dicen, las oyen, y ofrecen.* Porque así como quanto mas uno se vá acercando à la llama, tanto mas vá participando del calor: así el que mas se acerca à esta divina accion, tiene en ella mas parte, mas los que oyen la Misa, mas el que la ayuda, mas el mismo Sacerdote: porque aunque todos los que la oyen ofrecen en su modo el Sacrificio, y cada uno puede decir que es suyo: *Ut meum, ac vestrum Sacrificium;* pero principalmente el Sacerdote, que es el que como legitimo Ministro, que en nombre de todos lo ofrece: de modo, que por tres partes gozan del fruto de la Misa los que la oyen. Lo primero, la parte que les toca en lo general de todos los fieles: *Pro omnibus fidelibus Christianis.* Lo segundo, por asistentes: *Et pro omnibus circumstantibus.* Y lo tercero, porque ellos tambien en su modo ofrecen el Sacrificio: *Pro quibus tibi offe-*

rimus, vel qui tibi offerunt. Oh, qué ganancia de tanto logro, sin que se disminuya à cada uno su parte, por ser pocos, ò por ser muchos los que con él oyen la Misa; pero aun sobre todos estos gozan mas aquellos, por quien mas especialmente aplica el Sacerdote el Sacrificio, habiendo Christo dexado en sus manos, y en su potestad esta reparticion admirable. Mas sobre todos, el que se lleva la mayor parte, al que podemos llamar el principal heredero, es aquel, por quien el Sacerdote en primer lugar aplica la Misa, ò por obediencia, por liberal caridad, por obligacion de justicia, porque le dió la limosna para su sustentos; no la paga de la Misa, como dicen bárbaramente; ¿que qué paga podía bastar para la Misa? Ese, pues, es el que lleva la mayor parte de la Misa, porque si como dice la Ley: *Ita autem, ff. de Administrat. Quod quis per alium facit, per se ipsum facere videretur.* Lo que uno hace por mano de otro, él es quien lo hace: el que dá al Sacerdote el sustentos para que pueda decir la Misa, él es quien la ofrece, aunque por mano del Sacerdote.

¿Mas qué fruto es éste, que así repartido gozamos en la Misa, que hasta ahora no lo hemos dicho? Es lo primero, el merito, à que corresponde la paga allá en la Gloria. Lo segundo, la impetracion, con que alcanzamos de Dios los bienes, así temporales, como espirituales. Y lo tercero, la satisfaccion, con que nos vamos librando de alguna parte de la pena, que havia de corresponder à nuestras culpas; fruto para alcanzar inmensos gozos en el Cielo, fruto para lograr inestimables beneficios en el mundo, y fruto para evitar las mas terribles penas del Purgatorio. ¡Oh, qué tres frutos, almas! Oh, que tres frutos! Pues esto es lo que tenemos de parte de la Misa seguro: de parte de la Misa dixe: quiero decir, que aunque el Sacerdote sea tan indigno, y pecador como yo, aunque por suma desdicha, diga la Misa en pecado mortal; pero como él no es mas que un instrumento del Sumo Sacerdote Eterno Christo nuestra Vida, que es el que en la Misa se ofrece à sí mismo: *Idem est nunc offerens Sacerdotum ministerio, qui se ipsum in Cruce obtulit,* dice el Concilio de Trento, (Sess. 22. cap. 2.) y como en las demás oraciones de la Misa, lo que le ruega à Dios, y le pide, es todo en nombre de la Iglesia, por eso no podemos ser defraudados de su fruto principal, por malo que sea el Sacerdote.

He aqui, pues, hecha la particion, las partidas de ganancia, el *hadehaber* de parte de la Misa; pero resta ahora que cada uno consulte de su parte, y con su conciencia el *debe*, las partidas del cargo, y haciendo con su alma la cuenta, vea, ò quanto será su logro dichosísimo, ò quanta su lamentable pérdida. Cierito es, que si en el alma está el funesto estorvo del pecado mortal, aunque para esa alma es todavia impetratorio este Divino Sacrificio; (y así lo *debe* continuar mas, para alcanzar de Dios los auxilios para salir de la culpa con una verdadera penitencia) pero entretanto, ni

Y

me-